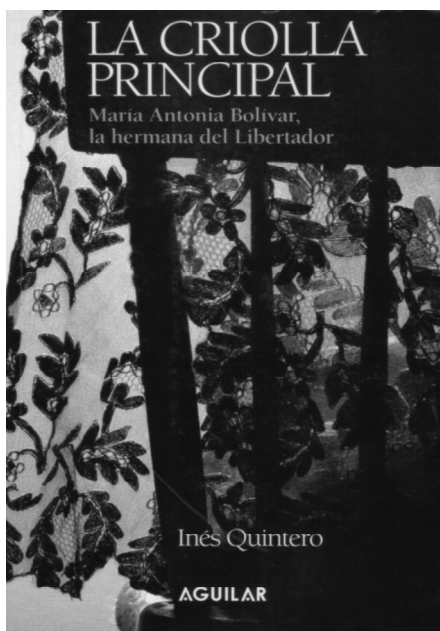


QUINTERO, Inés. (2008). *La criolla principal. María Antonia Bolívar, la hermana del Libertador*. Bogotá, Editora Aguilar, ISBN: 978-958-704-691-5
¿Las nuevas voces de la memoria patriótica, revisionismo histórico o los inconvenientes de la monumentalización o mitificación de la historia?



A las preguntas con que intentó titular esta reseña, también se les podría agregar una más: ¿Acaso el objetivo del libro es proponernos una mirada al tema del bicentenario en una perspectiva reivindicativa de género? Tras haber abordado la lectura de este interesante libro – a medio camino entre la historia documental y la historia narrativa, y cercana en muchos pasajes a la literatura–, son muchas las inquietudes con las que termina uno “rumiando” los múltiples intereses que llevaron a la historiadora venezolana Inés Quintero a emprender esta minuciosa biografía de la hermana mayor del Libertador Simón Bolívar, doña María Antonia Bolívar Palacios (1777-1842), testigo excepcional de esta agitada época y a quien Bolívar siempre consideró como una mujer de “rígida moral”.

Como deja ver muy bien la autora, no se trata propiamente de la historia edificante de una heroína republicana, sino, por el contrario, de alguien que por su tradición familiar y abolengo, defendía la causa realista, muy a pesar de ser la hermana del gran héroe de las independencias en América Latina. Como dice Margarita

Garrido en otra reseña sobre el mismo libro publicada en *Historia Crítica*, No. 31 (2006): “En el caso de esta obra no se trata de la vida de un hombre sino de una mujer, y no de una patriota sino de una realista. Ella no estuvo en el centro de la escena política, y ha gozado sólo de una luz vicaria, lunar, no solamente por su condición femenina, sino por la incomodidad que conlleva la inclusión en el relato nacional, de una hermana de Bolívar y criolla principal sí, pero realista y partidaria acérrima de la desigualdad social”. El texto consta de tres capítulos, a saber, I) Monárquica, II) Mantuana, y III) Conservadora, a través de los cuales logra dar cuenta del carácter, de los intereses económicos y las posturas políticas del personaje en mención, al mismo tiempo que logra dar una visión del contexto histórico de aquellos años. Pero más que entrar en el detalle puntual del contenido de la obra, me interesa más poder hacer una reflexión más de tipo “metahistórico”, a la manera propuesta por Hyden White, y al mismo tiempo, sobre los usos sociales de la memoria, lo mismo que algunas innovaciones metodológicas que presenta la autora para incursionar en el campo de la biografía.

De entrada es muy llamativa la forma como la autora nos “construye” narrativamente y con un muy buen soporte documental, este peculiar personaje femenino, quien no compartía los ideales libertarios e igualitarios que defendía su hermano Simón. Así

mismo es interesante la forma como la autora, recurriendo a la correspondencia privada que se cruzaron entre ambos hermanos, le logra dar un tono más íntimo a la “crónica histórica” de María Antonia Bolívar. De esta manera, la criolla principal, de evidentes simpatías por el orden monárquico colonial, logra ser sacada del limbo en que ciertas corrientes historiográficas la han sumido por años, señalándola como codiciosa y antipatriota, únicamente interesada en mantener su estatus social y económico. En su lugar se nos muestra una mujer que expresó abiertamente su pensamiento ante su hermano y la sociedad de aquella época, lo que sin duda lo acarrió más de un infortunio. También se puede decir que en muchos sentidos los perfiles biográficos de María Antonio reflejan el temor de las “rancias” elites caraqueñas ante la disolución del orden social, la altanería de las clases inferiores o la arrogancia de los advenedizos. (p. 112)

Tal vez este es el tono predominante dentro de la obra; no se trata de un tono lastimero o de victimización, sino más bien el de una persona –una madre con cuatro hijos, oficialmente reconocidos- que le correspondió vivir una época de profundos cambios y mutaciones políticas, sociales e ideológicas. Sus vicisitudes también iban casi que a la par de las muchas otras tantas que vivió Simón Bolívar, especialmente durante y después su campaña del sur. Y a pesar de no haber sido nunca afecta a la causa revolucionaria, lo que incluso la obligó a buscar refugio en varias ciudades caribeñas (Curazao y La Habana), en la etapa final de la vida del Libertador ésta se mostró cercana y afectuosa con su hermano, atenta siempre al cuidado de su fortuna, además de aconsejarle reiterativamente no caer a las tentaciones de su perpetuación en el poder. Por esto mismo también vivió el desencanto de saber que su hermano era considerado, al final de sus días, un “tirano” y un “opresor”, en lugar del pomposo título de “Libertador”.

Muchas otras cosas más podrían emerger del análisis puntual, capítulo por capítulo, de este libro. Entre ellos, los detalles de la vida privada y cotidiana entre los miembros de la alta sociedad, los matrimonios por conveniencia, la connivencia –y las dispensas- de la Iglesia con algunos matrimonios entre personas con lazos de consanguinidad – ella y su consorte, Pablo de Clemente y Palacios, eran primos lejanos-. Como decíamos anteriormente, un logro de la autora radica en evidenciar a través de fuentes primarias – cartas y documentos jurídicos de diversa índole- los imaginarios contrarrevolucionarios o antijaconbinos que compartían de manera colectiva algunos miembros de la elite mantuana de Caracas, reacia a ciertos ideales libertarios que se promovían entre “el insolente populacho” (p. 67). También son muy significativos algunas recomendaciones que, en un tono fraternal, Simón Bolívar le da a su hermana para que no se mezclara en negocios políticos o que se adhiriera a ningún partido. Para el Libertador “una mujer debe ser neutral en los negocios públicos (...) Una hermana mía debe observar una perfecta indiferencia en su país que está en estado de crisis peligrosa; y donde se me ve como al punto de reunión de las opiniones”. (p. 118)

Hasta aquí podría hacer mención del contenido general del texto. Claro está, sin dejar de mencionar los capítulos finales tras la muerte de Bolívar hasta la muerte de María Antonia, sus disputas con las nuevas autoridades republicanas, con negociantes

privados y hasta con sus familiares más cercanos, por los títulos de las propiedades que Bolívar dejó en su testamento. También sorprende que al final de la obra, la autora nos informe que tras su muerte, aparecieron dos nuevas hijas “expósitas” de María Antonia, que tuvo por fuera del matrimonio, lo que sin duda plantea un sinnúmero de inquietudes sobre la moral familiar de aquellas épocas, especialmente en familias de alto linaje, pero sobre el cual la autora no aporta mayor información. Para finalizar, me interesa de manera particular tomar este libro como pretexto para aventurar otra serie de inquietudes de tipo historiográfico, como manifesté en un comienzo. En primer lugar, es válido preguntarse ¿de qué manera contribuye la presentación a la luz pública de este tipo de obras a los debates sobre el Bicentenario, al plantear una vuelta del género de la biografía –acaso a la manera de “un retorno de los actores”, como recomienda Peter Burke-? ¿Acaso se trata de aportar nuevas voces para la reconstrucción de la memoria patriótica, o se trata de un nuevo ejercicio de revisionismo histórico a partir del uso de nuevas fuentes, o será, en el mejor de los casos, una advertencia respecto a los inconvenientes de la monumentalización o mitificación de la historia, y en su lugar hacer emerger la historia de otros personajes más anónimos o invisibilizados, consciente o inconscientemente, por la historiografía independentista? Lo que sí es claro es que se trata de un esfuerzo por promover un acercamiento de públicos más amplios y diversos a la historia.

En segundo término, cabe plantear que si bien no es este el caso de una historia contada desde abajo o desde la perspectiva de los estudios subalternos, la propuesta argumentativa que subyace a todo lo largo del libro si me parece que permite entrar en confrontación con la historia oficial independentista y bolivariana, y que ha sido objeto de un recurrente culto durante el mandato del presidente venezolano Hugo Chávez. Desde una perspectiva emancipatoria, la historiografía romántica de la independencia logró generar una lectura de victimización y de guerras justas, lo mismo que una galería de héroes patriotas masculinos. Pero otra cosa es conocer qué tanto impacto tuvo en Venezuela este libro, que nos permite conocer con más detalle las desavenencias de la criolla principal con el prócer de la independencia y el sinnúmero de problemas acaecidos en el seno de la familia de los Bolívar Palacios. Bueno, quizás alguien podría objetar el texto diciendo que “los trapos sucios” de la historia oficial se deben lavar en casa. Porque además, con estudios como el que nos presenta la historiadora Quintero, también se nos muestra que en una época de guerra –ya sean estas guerras civiles, o guerras entre imperios y naciones en germen-, los destinos individuales y colectivos de la mayoría de las personas resultan profunda y significativamente afectados. Esta tensión que se da en la interacción entre lo que se encuentra bajo el control humano y el resto de cosas que está por fuera del control humano, y que es clave en el curso de la historia, creo que logra ser bien plasmada por la autora. En el texto se muestra que al mismo tiempo que se iban socavando las estructuras materiales y mentales de la sociedad colonial, también se evidencia el contexto generalizado de expropiaciones, migraciones forzadas, de desolación en lo que antes fueron prósperas haciendas, mujeres viudas sacrificadas por la guerra y que dramáticamente recurren ante las autoridades de las nacientes naciones libertadas en busca de alguna pensión. ¿Y qué pasaba con las esposas de quienes no defendían la causa revolucionaria sino la causa chapetona?! O

qué pasaba con “el destino de aquellas doncellas criollas obligadas a contraer nupcias con oficiales del ejército libertador de origen social muy bajo, convertidos recientemente en dirigentes de la nueva república, con quienes, en los designios del nuevo orden, debían procrear hijos que los sucederían en su prominente lugar”, como también se pregunta Margarita Garrido (2006: 208).²

Ahora que con motivo del Bicentenario se ha tratado de generar una especie de “nuevo movimiento pedagógico” que invita a estudiar con nuevos ojos –y preguntas– los procesos independentistas, este libro puede servir de referente para introducir temas que desde el ámbito de la vida privada y de la historia de las mujeres, para ayudarnos a comprender aspectos poco estudiados hasta el momento y que de paso también podrían ayudarnos a entender las diversas situaciones que también han podido padecer un sinnúmero de personas –las mujeres, especialmente– en contextos tan continuos de guerra y desplazamiento como los que vive nuestro país desde décadas atrás. Este punto también tiene que ver con los usos sociales de la memoria y con su contraparte: los olvidos. Ya Ernest Gellner nos ha dicho que la nación es un gran olvido. Y Quintero así lo piensa respecto al culto a Bolívar, en el que se borró “todo aquello que pudiese estorbar, afectar o impedir una lectura lineal y sin tropiezos del momento fundacional de la república y de su máximo héroe... Resultó más sencillo, entonces, desentenderse de la existencia de María Antonia y borrar de los faustos de la Independencia a la hermana “realista” de Simón Bolívar”. (pp. 185-186).

Jhon Jaime Correa Ramírez

Universidad Tecnológica de Pereira
jjcorrea@utp.edu.co

¹ En este caso bastaría con darle una mirada al capítulo de “La ruina de las mantuanas” (pp. 70-76).

² Como nota al margen quisiera hacer referencia brevemente de la película “La mujer del anarquista” (2008), en la que en otro contexto –La Guerra Civil española– se muestran las vicisitudes por las que tiene que pasar la esposa de un líder anarquista –y las mujeres en general–, tanto durante los años de la guerra civil, como durante el inicio del franquismo.